

Cuerpos, medios y mediaciones en lo digital¹
Abrazar, sostener, confluir...

Antonio Tenorio²

0

Me honra mucho estar presente en esta mesa. Se encuentran en ella personalidades a las que admiro y respeto. Saludo, asimismo, la organización de este encuentro, mismo que no hubiera sido posible si la visión de Tere Velázquez y el auspicio generoso del Gobierno del estado de Zacatecas.

1.

Todo testamento aspira, de algún modo, a convertirse en una premonición. Imposibilitados como estamos de conocer el curso cierto del futuro, somos incapaces a la vez de renunciar al anhelo de influir en él. Así sea a través sólo de ideas. Así sea teniendo como única fuente el pasado.

Para 1884, la máquina de vapor contaba con más de un siglo de vida; el telégrafo con 60 años, y teléfono con 24. *El origen de las especies*, de Darwin, cumplía un cuarto de siglo de su aparición, y Charles Dickens había publicado tres años atrás *Grandes esperanzas*. Un año antes de aquel 1884, sin alcanzar a llegar a los 65, la muerte se había llevado a Carlos Marx.

¹ Texto leído en la Mesa: Cuerpos extendidos, la máquina creadora, de la 11ª Bienal Internacional de Radio, en la ciudad de Zacatecas, México, el 6 de octubre de 2017.

² Antonio Tenorio es Sociólogo, profesor, ensayista y narrador. Preside la asociación civil AlfabetizaDigital y desde 2009 es el Director general de Radio Educación, emisora cultural del Estado mexicano.

De ese año, justamente, es la primera edición de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Un testamento, dirá su autor, Federico Engels, apenas en las primeras líneas del Prefacio que escribió con motivo de la aparición del libro. “Las siguientes páginas vienen a ser, en cierto sentido, dice Engels, la ejecución de un testamento”.

El gran amigo y benefactor incansable de Marx, abunda y cuenta cómo éste, el autor de *El Capital*, se disponía a exponer él mismo las convergencias entre la teoría materialista de la historia, y el trabajo del antropólogo norteamericano, Lewis Henry Morgan, plasmadas en su libro *La sociedad antigua*. “Mi trabajo, sólo mediamente puede reemplazar al que mi amigo no logró escribir”, advierte Engels sin dejar de lamentar la ausencia de su gran protegido intelectual, Marx.

Llevado, pues, por las circunstancias a escribir un libro que, en sus propias palabras, debió ser escrito por otro, Engels, se sabe bien, hace un repaso, siguiendo a Morgan, del camino seguido por las sociedades desde la era primitiva hasta la época industrial. El propósito es demostrar la validez de las tesis materialistas en este largo tránsito.

A la sazón, Engels realiza un recorrido que va de las formas del salvajismo, como las llama él, hasta la sociedad de clases donde reina la propiedad privada. Desde las formas más arcaicas en que se establecen los lazos matrimoniales y familiares, hasta la formación del Estado, y su evolución, marcado por el modo en que, durante cada periodo, se ejerce el control de los recursos disponibles.

“El arco y la flecha fueron para el estadio salvaje lo que la espada de hierro y el arma de fuego para la civilización”, asegura Engels al hacer alusión a las etapas en las que Morgan clasifica el recorrido de la humanidad hasta la época industrial. Sin proponérselo, empero, Engels marca en su texto una ruta alterna del mismo trayecto. La ruta del cuerpo.

Arco y flecha, espada y arma de fuego confluyen sobre el cauce común del cuerpo extendido, para hacer honor al título de esta mesa. La capacidad flexible de éste, en los usos que la técnica demanda, sería motivo suficiente para detenerse en la manera en que las corporalidades, en sentido literal, ejercen los artefactos, tornándose en eso mismo: un artefacto.

Pero hay más, y el mismo Engels, se encarga de poner el acento en ello. El gran salto civilizatorio deviene, justamente, de una condición de la corporalidad que une y separa a los homínidos de los hombres primitivos: el pulgar oponible. Responsable directo de abrirle paso a la capacidad humana para fabricar herramientas y disponer de ellas. “Ni una sola mano simiesca, escribía ya en 1876 Engels, ha construido jamás un cuchillo de piedra, por tosco que fuese”.

Al publicar *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, en 1876, ocho años antes de “suplir” a su amigo fallecido, Marx, Engels fija la ruta de la corporalidad como explicación de lo humano. En particular, el papel de la mano, y con ella, de los pulgares como el hecho biológico y social determinante. Al erguirse, los hombres primitivos, dieron a la mano la libertad, para usar una imagen del propio Engels, y de esta libertad, los pulgares oponibles fueron la gran resultante y el gran motor, al mismo tiempo.

A su vez, al separarse el pulgar, éste permitió que las manos se desarrollarán y, según el filósofo, con ellas todo el cuerpo. Afirma entonces, categórico, no fue sino “gracias a la cooperación de la mano, de los órganos del lenguaje y del cerebro, (que) no sólo en cada individuo, sino también en la sociedad, los hombres fueron aprendiendo a ejecutar operaciones cada vez más complicadas, a plantearse y a alcanzar objetivos cada vez más elevados”. Engels no se equivocó; no en parte, al menos.

A sus casi 90 años, Michel Serres, el más reputado filósofo francés vivo, se emociona y expresa con ahínco su declaración sobre el presente, dice, sacude: “quisiera tener 18 años...porque está todo por volver a hacerse, queda todo por inventar”.

El mundo cambió tanto que los jóvenes deben reinventar todo, una manera de vivir juntos...una manera de ser, de conocer, expresa Serres, en un brevísimo y luminoso texto al que, teniendo en mente a su nieta, ha puesto por título *Pulgarcita*. No, en referencia al cuento medieval que luego hiciera célebre los Hermanos Grimm, sino para enfatizar el papel que los pulgares tienen en el mundo de las comunicaciones y las plataformas digitales. El mundo nuestro, sí.

No se trata, ni con mucho, del primer acercamiento que Serres hace a las corporalidades. Su contribución es tan vasta como original el modo en que ha concebido al cuerpo y su sensorialidad como espacio privilegiado del pensamiento inventivo.

“Sumergirse en el flujo para hacer como él hace”, lanza Serres desde la escritura de *Figuras del pensamiento: autobiografía de un zurdo cojo*. “Hacer existir, fructificar, lanzar, expandir..., externalizar, objetivar”, sigue el francés, arrojado debajo, el sujeto produce un objeto, arrojado delante; arrojado, expulsado, como por el trabajo de la parturienta. Y pensar produce este lanzamiento...La matemática deduce; física, química, bioquímica, biología...inducen; la filosofía produce, es decir, anticipa”.

Volver al Gran Relato, conmina Serres, en un reinicio que sea esclarecido, al tiempo que esclarezca, ambas cosas, de modo simultáneo, la cultura nueva, esa a la que él llama el tiempo de *Pulgarcita*. Ser capaces mediante, como lo que media entre medios, de interrogar, incluso, dice, “al cazador-recolector que fuimos para mejor comprender al habitante de los espacios tejidos por la Red”.

Un retorno hacia delante. Volver a la premisa básica de la presencia y la ausencia. Los dos polos entre los que se bate la existencia. Los que estamos, cuando estamos. Con lo que estamos: el cuerpo. El cuerpo entre cuerpos. En el otro extremo, lo que ya no está. La ausencia del cuerpo de aquel o aquella a quien se amó, del cuerpo que nos vida y forma de cuerpo, del cuerpo que se abrazó siendo amigos, camaradas, compañeros en un partido de fútbol.

Sólo yendo, regresando, avanzando, descendiendo hasta esa dupla elemental: presencia-ausencia; ausencia-presencia, podemos comprender la hondura de la dimensión corporal, nuestro lazo, cordón nunca roto, extensión del cuerpo desprendido, solitario, aislado, para con los demás cuerpos con los que, atados y bien atados, extendidos, hemos de formar un solo cuerpo. Un cuerpo conjunto al que a veces llamamos pareja, a veces familia, a veces ciudad, a veces nación, a veces humanidad.

Y no es esto algo que concierna en menor modo a la Generación Pulgarcita, la del mundo digital, para que la que nunca lo humano, lo cercano, fue tan propicio, tan propio. No es tampoco, este abrazo de la extensión corporal del yo aislado y enloquecido de sí, un privilegio de quienes venimos del mundo analógico de lo no virtual.

Se trata, en todo caso, de modos distintos pero convergentes del estado corporal colectivo de lo humano, de eso que solemos llamar mecánicas de la comunicación. Pero el acto, el acto mismo de comunicar y comunicarnos, más allá de su mecánica y sus artefactos, tiene en el centro la misma sustancia: la imposibilidad de concebir y de concebirnos, sin los otros.

“La apuesta de la vida en común, propone Emmanuel Carrère, consiste entonces en descubrirse a uno mismo descubriendo al otro”. Esos otros, eso otro, que son espejos, sí, pero sin dejar nunca de ser materia, es decir, cuerpos. Su presencia-ausencia, tendidos y

distendidos, a través de las redes sociodigitales abre como posibilidad de otro tipo de abrazo, otra manera de constitución de lo común.

3.

“Un sabio indio”, cuenta el mismo Emmanuel Carrère, “habla del samsara y el nirvana. El samsara es el mundo hecho de cambios, de deseos y tormentos en el que vivimos. El nirvana, el mundo al que accede el iluminado”.

Multipantalla, multifuncional, dispuesto a lo colectivo sin dejar la individualidad, preparado para lo individual sin despegarse, sin desconectarse, sería mejor decir, de lo colectivo, mixto y aún más: híbrido, sin temor a lo fragmentario, parcial y contingente, el cuerpo de cuerpos que forma, en la nebulosa de la presencia-ausencia, la noción de cuerpo social, no cree más en los iluminados.

Es igualitario e igualante, entendido y extendido. Es el cuerpo del samsara. Con sus sufrimientos, sí; pero no menos, con sus deseos y su capacidad de acción en el aquí y el ahora. Y si no, que les pregunten a todas y todos aquellos que pusieron sus cuerpos, y sus extensiones, los dispositivos, en disposición para pasar de la pantalla a la acción.

¿Pasar? Porque decir “pasar” es pensar que no estaba ahí, en la acción. Es pensar como el iluminado que mira, justamente como iluminado a otro del que se ha desprendido y, por lo tanto, le resulta ajeno e incomprensible.

No hay iluminados en el samsara de la sociedad digital. Tal como no hay distancia en el sentido dicotómico que nos enseñó la modernidad. Aquí y allá. Entonces y ahora. Se está. Aquí y allá. Entonces y ahora. Vuelvo y avanzo. Dice Serres: “Sin que nos diéramos cuenta, nació un nuevo humano, durante un intervalo breve, el que nos separa de los años

setenta (..) Él o ella ya no tiene el mismo cuerpo...ya no se comunica de la misma manera, ya no percibe el mismo mundo..."

Y aún más, agrega el filósofo francés, no habita más ni el mismo espacio, ni tiene del espacio mismo la misma noción que el mundo que lo precedió. Los y las Pulgarcitas y Pulgarcitos, afirma Serres sin amargura sino más bien con genuina emoción, no le temen a la misma muerte, a la misma ausencia, al mismo vacío, hueco de la nada con la que el mundo aprendió a andar. "Por el teléfono celular, acceden a cualquier persona; por GPS, a cualquier lugar; por la Red, a cualquier saber: ocupan un espacio topológico de vecindades, mientras que nosotros, refiere Serres, vivíamos en un espacio métrico, referido por distancias".

Mundo el nuestro, el de hoy, el de los Pulgarcitos y Pulgarcitas en el que la distancia no cuenta más, en el que el tiempo se diluye en un clic, habitantes de un espacio que no está mediado por la cuantía de lo lejano, qué o cuáles son las referencias de lo común en ese aquí y ese ahora continuo en el que presencia-ausencia se disuelven, permanecen y se difuminan.

El cuerpo en acción, la acción del cuerpo. El cuerpo no está en un punto del mundo. El cuerpo es el mundo. El cuerpo no mira al mundo como algo frente a lo que media una distancia. El cuerpo contiene al mundo y es, él mismo, la acción del mundo y el mundo en acción.

Los artefactos, los aparatos, resultados de la tecnología y la técnica tienen su propio devenir. Con frecuencia, son planeados para una cosa y sirven para otra. O bien, cual si de verdad tuvieran un aura, no a la que se refería Bejamin, sino una aura de maldad, hacen recaer en ellos toda la furia de quienes resisten el cambio del mundo, la aceptación de que

eso que llamamos lo real no es ni será más, lo que creíamos o acostumbrábamos que fuese.

Es el mismo Serres quien cuenta cómo el teléfono se ideó para que las damas de la sociedad urbana burguesa que florecía a finales del siglo XIX, principios del XX, no tuvieran que salir de sus casas y pudieran, por medio de estos aparatos, escuchar ópera.

Pronto, sin embargo, el artefacto salió de los alones y comenzó a ocupar otros sitios de la geografía del hogar. A tal grado que, una vez que a los no pocos maridos celosos de la época les dio por sospechar que sus mujeres podían llamara a sus amantes desde la habitación, la batalla por prohibir la entrada de los teléfonos a las casas se volvió feroz.

Por suerte para ellas, dice Serres, no dejaron de hacerlo.

“Estamos en el mundo”, no dejó de seguir al filósofo francés, “por nuestros órganos, nuestros tejidos, nuestras células y nuestras moléculas, por este tiempo universal que llevamos en nosotros”. El cuerpo, el cuerpo social, el cuerpo propio, el cuerpo imaginado e imaginante, piensa y produce, descubre, actúa, crea y recrea. Lo hace a través de sus órganos.

Transforma el mundo, en la misma medida que el mundo transforma nuestro cuerpo. Esos mismos órganos que nos han servido para cambiar el entorno, se modifican, se adaptan. Lo digo con las palabras de Serres, porque sin duda lo resume mejor, “el cuerpo resume un microcosmos, un sumario denso, local, casi milagroso, de la génesis cósmica; vive, si puedo decirlo así, como un flujo cosmogónico”.

Somos, en efecto, como humanidad, el resultado de la historia de nuestros artefactos. De la flecha y el arco al teléfono celular; de la espada y el rifle al pico y la pala para remover piedras, para buscar sobrevivientes. Del reflejo de pinza para mover el dial y sintonizar una estación de radio, a la palma abierta de la mano para sostener el móvil con

el que se graba un mensaje para ser transmitido por radio. Somos más que el artefacto, sí; pero somos más porque lo somos con el artefacto.

Materia y forma, somos como él, el artefacto, somos con él, la idea es de Serres, eficaces y útiles para tal o cual proyecto, determinados para cierto fin, capaces de adaptarnos y reaccionar; duros y suaves, al fin.

De la mano del relato de la mano, cruzamos y contenemos, en cada una, en cada uno de nosotros, el tiempo universal de lo humano. Esa primera extensión que son los dedos, pero sobre todo que lo es el pulgar. Esa extensión última, por llamarla de algún modo, resumen de lo subjetivo, del reconocimiento de sí en el prójimo, compleja, avanzada, primigenia a la vez, que es la amistad. Dar la mano, construirse con y en el otro.

4.

El que nos espera para que le echemos una mano. El que está ahí para echarnos una mano a nosotros. Valorar un like que dice aquí-allá estoy. Sumar las manos para evitar a los manos largas para resistir la tentación de la mano dura. O aun peor, de la mano armada. Mano a mano, sumar, multiplicar.

Cerrar la mano, antes que para el puño, para saber que se puede ir a donde se quiera ir. Que la vivaz novedad se desprende de cada mano. La herramienta, el artefacto del genio y el ingenio humano.

Cerrar la mano, como si fuera a ser un puño, pero en el último momento, girar la muñeca, hacer sobresalir el pulgar, levantar el brazo, colocarse a la vera del camino, sí, levantar el pulgar, por uno y por todos los que han viajado, se ha movido, así, acompañados

y de aventón, repletos de memoria y premoniciones, al encuentro de lo que nos hace permanecer humanos, de la vivaz novedad, microcosmos que somos.

“El tiempo transcurrido desde el advenimiento de la civilización no es más que una fracción ínfima de la existencia pasada de la humanidad, una fracción ínfima de la época por venir”, advierte Engels.

El cuerpo y sus artefactos. El cuerpo como artefacto.

Queda todo, pues, por ser inventado.

Lo sea así.

Al modo de una premonición; antes que de un testamento.

Muchas gracias

Referencias citadas

Benjamin, Walter. *La obra de arte en la era de su reproductividad técnica y otros textos*. Buenos Aires: Ediciones Godot, 2012.

Carrère. Emmanuel. *El Reino*. Barcelona: Anagrama, 2016.

Engels, Federico. *El origen de la propiedad privada, la familia y el estado*. Madrid: Akal, 2017.

---- “El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre”. Publicación on line. <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/oe3/mrxoe308.htm>

Serres, Michel. *Figuras del pensamiento. Autobiografía de un zurdo cojo*. Barcelona: Gedisa, 2015.

---- *Pulgarcita*. México: Fondo de Cultura Económica, 2013.